



**Santiago Dimas Aranda**



## **El bastón torcionado**

Compra, reparación y venta, rezaba el cartel. Al fondo del salón, el taller. Yo estaba solo.

Lo vi entrar vacilante, enjuto, gris, bastante más viejo que yo. Su cara, la de un extraño, un sospechoso, tal vez un ladrón, me alarmó. Tomé la varilla de hierro torcionado recostada en la mesa del torno. De color casi marrón, daba la impresión de ser madera. Y sus setenta centímetros de longitud por dos de diámetro la convertían en un terrible bastón.

La tomé, simulé renquera y la utilicé para desplazarme hacia la entrada. Mi bastón, sonoro al topar con el piso de mosaico, se delató solo. El tipo se detuvo de golpe. A pesar de su actitud que me parecía agresiva, no avanzó. Obviamente se debía al efecto disuasivo de mi bastón que, en manos de alguien con razones para usarlo contra el cráneo de cualquier mortal, sería capaz de causar un desastre.

-¿Señor, qué desea? -pregunté.

-¡Hola! Vengo a pedir perdón.

-¿Perdón, por qué?

-Yo soy Fontal, aunque no lo parezca -dijo, y salió escapando.

-¡Fontal!

Ese apellido me impactó. Lo tenía en un lugar de privilegio, en mi memoria. Fontal se había presentado un día, treinta años atrás, portando un cartapacio y diciendo ser vendedor de máquinas al servicio de la respetable empresa Manuel Ferreira. Mejor dicho, lo había sido hasta el día anterior, cuando por entredichos con sus patrones, se retiró. Y bien, vino a mi negocio porque [116] deseaba trabar relaciones comerciales conmigo. Pensaba que, con su capacidad como vendedor, su dominio de la plaza, su prestigio, etc..., etc..., él podría promover la prosperidad de mi establecimiento, en beneficio mío, de mis colaboradores y suyo propio... por supuesto. No pretendía sueldo ni viáticos, sólo participación de las ganancias que dejarían las máquinas vendidas por él.

Su propuesta me gustó. Formalizamos un contrato privado que lo incluía como vendedor exclusivo de la casa, con derecho a un porcentaje de las utilidades resultantes de cada balancete trimestral que determinase gastos y beneficios.

Durante el primer mes vendió diez máquinas. Durante el segundo, quince. Todas en cuotas a ser efectivizadas a partir de dos meses, desde la fecha de entrega. Ese sistema, decía, le ayudaba a brindar confianza y facilitar las ventas.

El día veintisiete del segundo mes, viernes, me entregó unas remisiones firmadas por los últimos compradores, diciéndome:

-En la próxima semana empezamos a cobrar.

Y se despidió: «Hasta el lunes».

Pero al día siguiente, a las nueve horas, se presentó azorado y lloroso.

-¡Murió mi padre! -exclamó entre lágrimas-. Murió en Buenos Aires. Acabo de recibir la noticia. Tendré que irme, solamente por una semana...

No dije nada. Sólo quedé pensativo. Me suplicó le diera un adelanto, sólo para los pasajes, suyo y de la señora... A su vuelta haríamos una liquidación parcial, y él devolvería lo prestado. Lloraba. Me conmovió. Tuve que recurrir a mis ahorros. Le entregué cien mil guaraníes.

Hasta allí, todo aparentaba normal. Las sorpresas llegaron pocos días después con los primeros reclamos. Era que las máquinas tenían garantía por seis meses, y cubrirla me tocaba a mí. Eso también parecía normal. Pero he aquí que las primeras máquinas en cuestión no eran de las mías. Fontal las había vendido con [117] boletas de mi casa, eso sí, y con mi garantía. Y, para mayor sorpresa, las vendió al contado. Entonces desperté. Se me abrieron los ojos. Realmente, el amigo Fontal me estaba resultando un gran vendedor. Fui al departamento que ocupaba, por si hubiera vuelto. El departamento se hallaba abierto y abandonado. Había vendido todos los muebles, hasta el último cenicero. Visité al propietario de la casa. Fontal debía tres meses de alquiler, luz y agua, y se fue llevándose las llaves. Salí huyendo, abrumado. Corrí a buscar a los

compradores de mis veinticinco máquinas. Todos me exhibieron boletas de compra al contado, con membrete de mi casa, impresas de contrabando. Por supuesto, en cada una constaba la garantía que yo, como propietario, debía cubrir.

Y bien, no hacía falta investigar más. Esas garantías las tenía que afrontar, desde luego. Afortunadamente, sólo duraban seis meses. Y seis meses no configuraban la eternidad. Tuve que olvidarme de las máquinas, de las cuotas que supuestamente debía cobrar, y de mi amigo Fontal, para siempre.

Ahora, treinta años después, increíblemente, estaba de vuelta. Llegó, pues, tan súbitamente, que al verlo entrar lo confundí con un vulgar asaltante, grave error de mi parte, ya que tan vulgar asaltante, Fontal no lo era. Por su singularidad merecía ser reconocido aún en su achacosa vejez. Al notar la inconfundible función confiada a mi instrumento de hierro torcionado, salió del local como escupido. Lo seguí, lo llamé, pero había alcanzado la esquina, y se encaramó del primer colectivo que partía.

Algún tiempo después, me enteré que se hallaba internado en el Hospital de Barrio Obrero. Llevado por no sé qué sentimiento, me apresuré a buscarlo. Me dijeron que había sido trasladado al Hospital del Cáncer. Eso estaba lejos, en el interior. Pero una rara inquietud me obligaba, y un día tuve que ir allá. Cuando llegué, Fontal se había muerto. La jefa de la sala me dijo que por no tener familiares, la Municipalidad se encargó de sus restos. Me dijo, además, que en la Dirección del Hospital había un paquete que [118] Fontal dejó para ser entregado a quien viniera a preguntar por él. Lo recibí. Y ya en camino, roído por la curiosidad, lo abrí. Allí estaba el viejo cartapacio que yo conocí hacía treinta años, y dentro, envueltos en papel de diario, había dos talonarios de venta al contado, apócrifos, uno de ellos a medio usar, trescientos pesos nuevos argentinos, y una nota dirigida a mí, que decía: «Señor, gracias por su perdón. Fontal».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

